

«Quiero entrar en tu casa»



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ **Carlos Card. Osoro Sierra**
Curso 2020-2021

Edita:

Medios de Comunicación del Arzobispado de Madrid
C/ La Pasa, 5, 28005 - Madrid

Imprime:

Egesa



Con la colaboración de la Consejería de Educación
y Juventud de la Comunidad de Madrid

Imagen de portada:

Conversión del publicano Zaqueo. Grabado de Pietro Monaco
a partir de una pintura de Bernardo Strozzi.
Rogers Fund, 1962.

Puede descargar la carta en PDF en archimadrid.es

«Quiero entrar en tu casa»

Introducción

Queridos hermanos y hermanas, sacerdotes, miembros de la vida consagrada, laicos y todos los que valoráis la misión de la Iglesia:

El curso pasado iniciamos el Plan Diocesano Misionero (PDM) con un trabajo en el que todos estábamos invitados a volvernos hacia quienes, de formas diversas, gritaban y pedían «compasión» como el ciego Bartimeo: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Las respuestas han sido muy ricas y profundas. Hemos tenido muchas conversaciones y encuentros y se han llevado a cabo múltiples acciones en nuestra Iglesia diocesana. Sería interminable señalar todo lo que las parroquias, comunidades de vida consagrada, instituciones de la Iglesia, hermandades, cofradías, movimientos de laicos, entidades y personas han realizado, volviéndose con Jesús hacia quienes, como Bartimeo, aguardaban una respuesta nuestra.

La Iglesia se ha hecho presente en el camino de la humanidad a través de todos sus miembros, en las comunidades parroquiales, en los colegios y universidades, en hospitales, clínicas y residencias de mayores y de niños, en lugares de acogida, en las Cáritas parroquiales, en las barriadas y en los pueblos y a través de los cristianos y vecinos que se ofrecían para ayudar a quienes más lo necesitaban... En verdad, durante la pandemia, todos los cristianos han estado en servicio permanente, día y noche, para ayudar al prójimo. Unos rezando, otros actuando; todos obrando por el Reino. Esta es la Iglesia de Cristo que camina y vive en medio de las calles y las plazas de las ciudades, villas y pueblos en los que habita nuestra gente.

Esta es la Iglesia que, en nombre de Jesucristo, ha preguntado a quienes se encontraba por el camino: «¿Qué quieres que haga

por tí?». Es la Iglesia en misión, es la Iglesia que se ha tomado en serio el Plan Diocesano Misionero que no nace de un capricho, sino del mandato del Señor: «Id y anunciad el Evangelio». Es la Iglesia que camina en Madrid y que desea hacer realidad lo que el Papa Francisco nos dice: «La alegría del Evangelio [...] es una alegría misionera [...]. Esa alegría es un signo de que el Evangelio ha sido anunciado y está dando fruto. Para que así sea, tenemos que meternos en la dinámica del éxodo y del don, del salir de nosotros mismos, del caminar y sembrar de nuevo, siempre más allá. [...] Cuando está sembrada la semilla en un lugar, el Señor ya no se detiene para explicar mejor, o para hacer más signos allí, sino que el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos»¹.

Damos gracias a Dios al contemplar a nuestra Iglesia local en el camino, al ver una Iglesia que, sin miedos ni letargos, se dirige a la gente que queda en la cuneta por circunstancias muy diversas y pregunta: «¿Qué quieres que haga por tí?». Esa ha sido la actitud de la Iglesia durante esta pandemia, con creyentes y no creyentes. Para eso, habéis multiplicado vuestra creatividad pastoral y habéis dado infinidad de respuestas en número y en intensidad. Algunos hermanos y hermanas nuestros han llevado la caridad hasta el extremo y su generosidad les ha hecho dar la propia vida por la misión. Todos han hecho visible el Evangelio de Nuestro Señor y han mostrado cómo Dios no nos abandona en la adversidad. Tenemos que dar gracias a Dios por este momento de audacia y generosidad evangélica que purifica nuestra Iglesia y nos abre a todos. «Fiel al modelo del Maestro, es vital que, hoy, la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie»².

¹ EG 21.

² EG 23.

El texto que nos va a permitir centrar la atención en la misión durante este curso es el de Zaqueo. Nos ayudará a entenderlo mejor el título que he dado a la carta pastoral: «**Quiero entrar en tu casa**».

«Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y ricos, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: “Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa”. Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse a casa de un pecador”. Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: “Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más”. Jesús le dijo: “Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”»³.

Ojalá que esta carta nos lleve a realizar esos sueños que anidan en nuestro corazón de discípulos misioneros. El Papa Francisco nos lo pide en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha *primereado* en el amor (cf. 1 Jn 4, 10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrévamonos un poco más a *primerear*, a tomar la iniciativa!»⁴.

³ Lc 19, 1-10.

⁴ EG 24.

Tenemos que salir. Si os dais cuenta, nuestras comunidades están muy bien organizadas y nos encontramos a gusto en ellas. Sin embargo, cuando nos piden salir a otras partes, cuando nos piden ir a anunciar el Evangelio a lugares nuevos para nosotros, eso nos genera resistencias. Cuando la iniciativa la tenemos que tomar nosotros, como Jesús con Zaqueo («Date prisa y baja, es necesario que hoy me quede en tu casa»), esto nos cuesta. Es más, nos da miedo. Quizá alguna vez salimos generosamente, pero luego volvimos tristes porque no tuvimos éxito o las cosas no salieron como pensábamos. Retornamos frustrados y llegamos a esa conclusión perversa que hace mucho daño a los cristianos: «Es mejor no salir ni arriesgar». Eso nos acomoda y nos hace perder vigor evangélico. También languidece nuestra espiritualidad, aunque tratemos de racionalizarlo. Todos tenemos la experiencia de haber organizado eventos y vinieron muy pocos. ¡Tenemos que volver a intentarlo! No podemos quedarnos en la comodidad del no movernos y del siempre se ha hecho así⁵. Tenemos que llegar a la convicción absoluta de que la Iglesia es identitariamente misionera.

¿Qué supone que la Iglesia sea misionera? Entre otras cosas, que la comunidad cristiana a veces tiene que acompañar solamente, hacer compañía, entrar y estar, como hizo Jesús con Zaqueo. No tiene que estar solo cuando hay que hacer grandes realizaciones, también debe acompañar la vida cotidiana de la gente, sus alegrías y sus pesares. Jesús desea acompañar a Zaqueo y, por eso, le dice: «Quiero entrar en tu casa», quiero acompañarte, quiero estar contigo y con los tuyos. Hemos de salir al encuentro de nuestros hermanos y debemos hacerlo sin esperar frutos. Pero, ¿acaso no son buenos y necesarios los frutos? Claro que son buenos. Por supuesto que hemos de ser fecundos. Sin embargo, la fecundidad de los discípulos de Cristo es exigente: se trata de dar la vida entera, de llegar, si es

⁵ Cf. EG 33.

preciso, hasta el martirio por ser testigos de Jesucristo. Y en esa entrega está la fecundidad exigente, el éxito, la potencialidad liberadora y renovadora que trae y atrae.

Quisiera presentaros unos sueños que el texto de Zaqueo me inspira y que, de uno u otro modo, han salido también en los grupos de reflexión sobre la pandemia que, siguiendo la estela del Papa Francisco, puse en marcha en la archidiócesis:

Soñemos con una Iglesia que camina en Madrid que se pone a trabajar con entusiasmo por todas las personas que más lo necesitan, por los más pobres, por los que se sitúan en último lugar, por sus derechos, por hacerles sentir la cercanía de Cristo. Si seguimos con pasión y devoción a Jesucristo, sabremos escuchar su clamor y, como el curso pasado, seguiremos preguntando a todos los que caminan entre nosotros y están en los márgenes: «¿Qué quieres que haga por ti?».

Soñemos con una Iglesia que camina en Madrid perseverante en lo que ha sido su historia. Es una Iglesia particular muy joven, pero que ha visto cómo iba creciendo y desarrollándose esta ciudad y sus pueblos en todos los aspectos. Sigamos sintiendo la urgencia de ser acogedores con todo el que llega. Preocupémonos por transmitir la fe como fuerza identitaria de nuestra manera de ser y de vivir, con capacidad creativa para responder a las necesidades de cada circunstancia.

Soñemos con una Iglesia que camina en Madrid que favorece y cuida su belleza natural como destello de la presencia amorosa de Dios. Que todos podamos disfrutar y conservar los entornos que tenemos y mejorarlos. Que nuestro modo de vivir testimonie que

hay calidad de vida para todos, que existe armonía personal y colectiva, familiar y comunitaria. Que todos nos propongamos cuidar, mejorar y promover el entorno natural que nos rodea para que las siguientes generaciones lo puedan seguir disfrutando.

Soñemos con una Iglesia que camina en Madrid con comunidades cristianas plurales que se entregan de tal manera y se encarnan con tal hondura que regalan el rostro de Iglesia que le ha dado Jesucristo. Y lo expresan en su vivir diario, en su compromiso con los demás y en hacer posible ese espacio donde Dios se muestra y convoca a sus hijos. El sueño tiene tal novedad y potencial de cambios que se manifiesta en cuatro direcciones igualmente importantes: social, cultural, ecológica y eclesial.

1. Salgamos. Mantengamos el interés de Jesús por acercarse y entrar en la vida de todos los hombres

Lo que el Señor nos describe en esta página del Evangelio se lo está pidiendo a toda la Iglesia. Es preciso que la Iglesia se ponga en el mismo camino que lleva la humanidad («Y se puso a caminar con ellos», Lc 24, 15), con la confianza de que el Señor la está acompañando. Así se adentrará en todas las circunstancias y situaciones que viven las personas para decirles: «Quiero entrar en tu casa», en tu vida, en la situación concreta en que estás. A veces nos da miedo. Tenemos el mismo deseo de Zaqueo de ver, ver más, más allá, ver mejor. Que Zaqueo se suba al sicomoro no es casualidad. Todos tenemos deseo de ver más allá. Zaqueo había oído hablar de Jesús y aprovecha la circunstancia de que está cerca y quiere verlo, observarlo. Pero sucede todo lo contrario: quien lo ve y lo observa es Jesús. Así ha de estar siempre la Iglesia, como Jesús, viendo, llamando y diciendo sin miedo ni pudor: «Quiero entrar en tu casa». Cuando decimos esto, no podemos defraudar. Si entramos en la casa ajena es para dar algo, para entregar vida. Entramos no atosigando, no invadiendo ni imponiendo. Entramos con la alegría de habernos encontrado con alguien que nos manifiesta que se puede ver más y mejor.

¿Cómo se nos pide acercarnos a quienes somos miembros vivos de la Iglesia a las diferentes situaciones que viven nuestros contemporáneos? Hay un elemento ejemplar y normativo que aparece claramente en el Concilio de Jerusalén⁶ del que tenemos que tomar buena nota. Frente a un concreto desafío de la Iglesia de los orígenes, aparece el método del discernimiento comunitario y apostólico. Nos

⁶ Hch 15, 4-29.

manifiesta, en la práctica, la naturaleza de la Iglesia, que es misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo.

El Papa Benedicto XVI en la homilía de la Misa de inauguración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, el día 13 de mayo de 2007, nos decía que este método con el que actuamos en la Iglesia no es solo una cuestión de procedimiento. Más bien es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia. Aparece muy claro que la sinodalidad, de la que tanto hablamos hoy, no es un simple procedimiento metodológico: es la forma peculiar en la que vive y opera la Iglesia. De tal manera que: 1) la Iglesia como Pueblo de Dios está habilitada para orientar su camino en la misión hacia el Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo; 2) la Iglesia participa en Cristo mediante el Espíritu Santo en la vida de comunión de la Trinidad, destinada a abrazar a toda la humanidad, y 3) en el don y en el compromiso de la comunión se encuentra la fuente, la forma y el objetivo de la sinodalidad⁷.

¡Qué bueno es contemplar cómo el camino sinodal de la Iglesia se plasma y se alimenta en la Eucaristía, centro de toda la vida cristiana universal y local! La sinodalidad es la forma histórica del caminar de la Iglesia, de su avanzar en comunión hasta el final. Por otro lado, la fe, la esperanza y la caridad guían la peregrinación de quienes son gentes de paso y extranjeros en el mundo, marcados con el don y la responsabilidad de anunciar a toda la humanidad el Evangelio. ¡Qué belleza tiene la imagen de una Iglesia sinodal que el Papa Francisco nos describe! «La sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el mismo ministerio jerárquico [...]. Jesús instituyó la Iglesia poniendo en su vértice el Colegio Apostólico; el apóstol Pedro es la roca (cf. Mt 16, 18), el que debe confirmar a los hermanos en

⁷ Cf. LG I, 4, 8; II, 13-15; III, 18, 21, 24-25; GS II, 24.

la fe (cf. Lc 22, 32). Pero en esta Iglesia, como en la pirámide invertida, el vértice se encuentra debajo de la base. Por eso, los que ejercen la autoridad se llaman ministros: porque según el significado original de la palabra, son los más pequeños entre todos»⁸.

¡Qué grande es entrar en este camino de la sinodalidad en nuestra Iglesia diocesana! Pueden ser diferentes los caminos, pueden ser variadas las metodologías, son distintas las espiritualidades, pero, sabiendo que «en la Palabra de Dios aparece permanentemente este dinamismo de salida que Dios quiere provocar en los creyentes», es preciso afirmar que «todos somos llamados a esta nueva salida misionera»: a «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio»⁹. Por eso, esas palabras de Jesús, «Quiero entrar en tu casa», han de ser nuestras también para todos los que viven con nosotros, estén donde estén, pero siempre entrando como Jesús, proponiendo con nuestra vida de entrega y de testimonio, ofertando vida siempre, nunca invadiendo.

⁸ Papa Francisco, discurso en la conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de Obispos (17-X-2015): AAS 107 (2015) 1139, 1141s.

⁹ EG 20.

Para seguir pensando

1. ¿Cómo hacer en nuestra Iglesia diocesana el camino sinodal?

2. ¿Qué lugar ocupa la Eucaristía en mi vida para hacer este camino? ¿Por qué?

3. ¿Cómo entrar juntos en este camino cuando tenemos caminos diferentes, metodologías diversas, espiritualidades distintas? ¿Soy capaz de ver en los demás la presencia y la acción del Señor?

4. ¿Estoy dispuesto a salir de la propia comodidad para llegar a todas las periferias y a hacerlo junto a otros? ¿Cómo lo hago o lo podría hacer?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

2. Jesucristo en el centro. Para entrar, volvamos al manantial del que se nutren las fuentes y en las que recuperamos la frescura original del Evangelio

¿Dónde está el manantial? Lo encontramos en la persona de Jesucristo. Él nos ilumina y comparte con nosotros su propia vida. Y vemos cómo lo hace en esta página del Evangelio en la que entra en la ciudad a encontrarse con sus gentes. Había mucha gente esperándolo; nos dice el Evangelio que Zaqueo «trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura». Jesús no ilumina desde lejos ni desde fuera, sino que comparte con nosotros la vida: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Volvamos al manantial que es Cristo. Debemos ser fuente donde otros que van por el camino puedan saciar su sed. El agua que quita toda sed solo es Cristo. Nosotros somos solo el caño que la hace accesible a los demás.

Volvamos al manantial, contemplemos a Cristo: vivió en una confianza absoluta con el Padre, le agradó vivir con los discípulos y cuidar su amistad con ellos. Incluso en los momentos más difíciles de su vida, Él permanece fiel a ellos. Recordemos el momento de la negación de Pedro y el reencuentro con él después de la Resurrección. Quiso reconquistar el corazón de Pedro preguntándole: «¿Me amas?, ¿me quieres?». No eran preguntas reivindicativas. No. Eran preguntas para volver a conquistar el corazón de Pedro.

Descubramos cómo Jesucristo manifestó en todos los momentos de su vida una profunda e inmensa compasión por los más débiles, pobres, enfermos y pecadores. Mostró su predilección por todos los

excluidos y no solamente por los del pueblo de Israel, sino también por los paganos. Contemplemos cómo hizo con aquella mujer cananea, pagana y extranjera, que interpeló a Jesús diciéndole: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David». La mujer insiste, «Señor, socórreme», y Jesús le da una respuesta desconcertante: «No está bien echar a los perros el pan de los hijos». Según la consolidada mentalidad judía, los paganos quedaban excluidos de la salvación. Pero Jesús, al ver la fe de aquella mujer, cura a su hija enferma, poniendo de manifiesto que Él es la compasión misma de Dios vuelta hacia toda criatura humana sin excepción. Jesús tuvo la valentía de enfrentarse a las autoridades religiosas y políticas de su tiempo y ello lo llevó a padecer la experiencia de la incompreensión y del descarte. Por eso, en Cristo todos los hombres y mujeres pueden reconocerse. De ahí la necesidad de acercarnos a Él.

¡Qué belleza adquiere la vida cuando acogemos la gran novedad de la Resurrección de Cristo! Envejecemos cuando nos apartamos de esta novedad. Podemos ser muy jóvenes en edad pero, alejados de esta novedad, nos volvemos inmensamente viejos y tacaños. La llamada a revestirnos de la Luz y de la Vida de Jesucristo es clara. Hemos de hacerlo hoy, como lo hizo Jesús con Zaqueo. Acércate a Jesucristo o deja que Él se acerque a ti. De ese modo podremos beber de esa agua del manantial que nutre ideales, proyectos y sueños. Siempre me ha impresionado la presencia de aquellas mujeres jóvenes junto al sepulcro vacío. Ellas tuvieron la experiencia de recibir la noticia de la Resurrección de Cristo y de ser llamadas a anunciarlo: «Id a decir a sus discípulos y a Pedro: “Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, como os dijo”»¹⁰.

La Resurrección de Cristo y la entrada del Señor en nuestra vida es lo que hace que seamos jóvenes. Ser joven, más que una edad,

¹⁰Mc 16, 7.

es un estado del corazón. ¡Encuétrate con Jesucristo! Cuando se da este encuentro, comienzas a encender una luz en la noche, ves de tal manera que tienes el deseo y la urgencia de encender luces y más luces. Sientes la inquietud de contemplar lo que son urgencias fundamentales de todos los hombres. Ves a la humanidad con sus sombras y sientes el deseo de llevar la luz, imitando a Jesús en la parábola del sembrador: lo importante es el deseo de sembrar en todas partes. Es verdad que la semilla puede caer en terrenos que no produzcan, pero tengamos la seguridad de que el Señor puede hacer brotar vida en los lugares y situaciones más pedregosos y resecos.

La Iglesia, como Jesús, tiene que entrar en todas las situaciones. Pero tiene que hacerlo con Cristo, desde Cristo, por Cristo y en Cristo. Tiene que hacerlo liberándose de toda esclerosis que la hace quedar inmóvil, que la detiene y que la impide acercarse a todas las personas y acercarles a Cristo. No caigamos en la tentación de creer que somos jóvenes por acoger todo lo que el mundo nos ofrece. No nos renovamos escondiendo el Evangelio y la fuerza que tiene su mensaje. No nos rejuvenecemos escondiendo la Palabra de Dios y viviendo de cualquier otra palabra. Tampoco desechando la fuerza que nos viene de la Eucaristía, o de reconocer nuestra situación existencial y de pedirle perdón al Señor celebrando el sacramento de la Penitencia, que nunca debe ser un juicio, sino el abrazo de Dios a quien tiene la humildad de reconocerse en lo que es y se deja rehabilitar y sanar por su gracia.

Vivamos en la presencia de Jesucristo y de la fuerza que el Espíritu Santo nos regala e introduce en nuestra vida y en la vida de la Iglesia. Nos dan la valentía para anunciar el Evangelio, y el tesón y el atrevimiento para poder decir a quienes nos encontremos: «Quiero entrar en tu casa», quiero acercarte a quien es el Camino, la Verdad y la

Vida. Démonos cuenta de esto: nos hacemos más jóvenes cada vez que somos capaces de volver al manantial que es Cristo.

La vida de Jesucristo, el encuentro con Él, no nos hace seres de otras latitudes. Al contrario, los demás nos verán y nos sentirán como hermanos, hombres y mujeres cercanos a todos, pero al mismo tiempo diferentes, pues mostramos realidades que el mundo no ofrece. ¿Por qué no testimoniar la belleza que da Jesucristo al ser humano cuando nos convierte y nos saca de todos los egoísmos y nos hace generosos? ¿Por qué no ser servidores de todos, fieles, fuertes, deseosos de hacer justicia y de buscar el bien, conocedores de la realidad de los que más necesitan y altruistas oferentes de nuestro amor?

Hoy existe una tentación de la que no estamos libres ninguno. Hablo de perder el entusiasmo, el coraje, las ganas de darlo todo. Esto se da cuando dejamos de escuchar al Señor y solamente tenemos en nuestro corazón el ruido que viene del mundo. Facilita esta actitud escéptica y amarga el no vivir con intensidad el riesgo de la fe y buscar falsas seguridades por todos los sitios. Para no caer en esta tentación de la seguridad y de la pérdida del entusiasmo por evangelizar, tengamos muy cerca a los jóvenes, tengamos muy cerca a Jesucristo. Siempre me impresionó la amistad de Jesús con el joven apóstol Juan. No es una casualidad. Junto a nosotros necesitamos la voz, el estímulo, el diálogo, y el acicate provocador de los jóvenes. Se trata de escuchar más y de no pasarnos la vida condenando al mundo, sino ofreciéndole la salvación que tiene un nombre: Jesucristo.

¿Qué es lo que te ofrece Jesucristo? ¿Qué fue lo que ofreció a Zaqueo? Entre todas las ofertas que nos hace el Señor, me gustaría detenerme en algunas que el Señor entregó a Zaqueo:

1) Ten la seguridad de que Dios te ama, te quiere y lo hace con todas las personas. Para Dios no somos un número más; somos únicos e irrepetibles, somos infinitamente amados por Él. Quizá en estos momentos que vivimos puedas tener una experiencia de paternidad lejana o ausente, dominante o absorbente. En cualquier caso, arrójate en manos del Dios que te dio la vida y te la ofrece y regala en cada instante.

2) Escucha la Palabra de Dios. En ella encontrarás cómo Él, de muchos modos, expresa su amor que te llegará al corazón.

3) Ten esta seguridad en tu vida: eres muy valioso ante Dios, eres obra de sus manos, significas todo para Dios. Te aconsejo que, en el silencio de tu vida, te dejes amar por Él. En verdad, serás otro.

4) El amor de Dios no te quita libertad, no te margina. Es un amor que te da libertad y que te cura siempre. Te hace levantarte para que vayas a los demás. Ábrete al diálogo con Él.

5) Cristo te salva. Contéplalo en la cruz. Se entregó para salvarte. Vivía confiado y te salvó en la cruz. Déjate salvar por Él. Nos ama y nos salva, nos perdona y nos salva.

6) Cristo vive y por eso está presente en tu vida. Te llena de su luz, de su amor y de su gracia. Nunca estarás solo. Contéplalo, alégrate en su triunfo que es el tuyo: la última palabra de tu vida no la tiene el mal, la tiene Él. Este Jesús que vive te ha dado la fuerza del Espíritu Santo. Te ayudará a crecer más y más en la alegría de la salvación y te llenará del amor mismo de Cristo para que lo comuniques gozosamente a los demás.

3. Caminos. La Iglesia, siguiendo las huellas de Cristo, quiere entrar en todos los caminos y situaciones en las que se encuentra la humanidad

El Concilio Vaticano II nos puso por delante unos caminos por los que teníamos que transitar. Nos indicó las herramientas que precisábamos para poder decir como Jesús a Zaqueo: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Posteriormente, diversos sínodos, celebrados tanto en la Iglesia universal como en varios continentes, han ido señalando a la Madre Iglesia las urgencias más inaplazables de cada momento y circunstancia. Por eso, es preciso volver al Concilio.

Los caminos nos han venido marcados por sus cuatro grandes constituciones. También por los nueve decretos y las tres declaraciones, así como por todos los sínodos celebrados hasta hoy y las exhortaciones, fruto de los mismos, que hemos ido recibiendo.

3.1. «Quiero entrar en tu casa», es decir, en las diversas situaciones que viven los hombres y las mujeres, sabiendo quién soy como miembro de la Iglesia

La constitución *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, es el documento principal del Concilio Vaticano II. Todos los demás documentos se ordenan hacia ella y desde ella reciben su sentido. El Concilio Vaticano II es fundamentalmente un concilio eclesiológico, pues en el centro de todas las preocupaciones está la voluntad decidida de oír la Palabra, anunciarla creíblemente y realizarla de una manera ejemplar en la propia Iglesia. ¡Qué belleza tiene la *Lumen gentium*! Nos expone la comprensión que la Iglesia tiene de sí misma, su naturaleza y vida interna y su misión.

No dejemos de entrar en el *misterio de la Iglesia*, descubriendo el plan de salvación del Padre, la misión del Hijo y cómo el Espíritu Santo santifica a la Iglesia. ¿Cómo se manifiesta la Iglesia en su fundación? Cristo comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, con la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras, que se manifestó a todos los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo. ¡Cuántas imágenes aparecen de la Iglesia a cuál más bella!: «Redil», cuya puerta única es Cristo, «labranza» o campo de Dios, «construcción de Dios», donde el Señor es la piedra angular y los apóstoles edifican la Iglesia sobre ese fundamento... Esas construcciones tienen varios nombres: «casa de Dios donde habita la familia», «habitación de Dios en el Espíritu», «tienda de Dios con los hombres», «templo santo», «Jerusalén de arriba y nuestra madre», «esposa».

Esta es la Iglesia que se acerca a todos los hombres como lo hizo Jesús para decirles «quiero entrar en tu casa», sea la que fuere y esté como esté. ¡Qué fuerza tiene contemplar al Pueblo de Dios! Maravilla ver cómo la Iglesia católica se siente unida a todos los que se honran con el nombre de cristianos a causa del mismo Bautismo, incluso con los que no han recibido el Evangelio, pero están ordenados de modos diversos al Pueblo de Dios. Vivamos con hondura el carácter misionero de la Iglesia, que recibió de los apóstoles el solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad que nos salva hasta los confines de la tierra. Aquí está también la razón de la propuesta que os hago: salgamos como el Señor y entremos en los caminos de los hombres con valentía y atrevimiento para ofrecerles la salvación.

Valorar, comprender y vivir la constitución jerárquica de la Iglesia tal y como el Señor la profetizó es una gracia. Fue Jesús quien

llamó a los Doce y esta misión tiene que durar hasta el fin del mundo. Por ello, los apóstoles se preocuparon de nombrar a sus sucesores los obispos con el oficio de enseñar, santificar y regir. Estos, a su vez, confían en diverso grado la función de su ministerio a los presbíteros y diáconos. Por otra parte, los cristianos, que se incorporan a Cristo por el Bautismo y forman parte del Pueblo de Dios, realizan la misión de todo el nuevo Pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo desde su vocación propia. El laicado busca en todo el Reino de Dios, ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Igualmente, vive en el mundo y se despliega en el ejercicio profesional y en el resto de las actividades del mundo. Por otra parte, la Iglesia cuenta con la riqueza de los carismas que han llenado y siguen llenando de belleza la misión de la Iglesia. ¿Qué es lo que quiere Dios de todos nosotros? Lo expresa muy bien San Pablo cuando dice: «Lo que Dios quiere de vosotros es que seáis santos»¹¹. Un valor muy grande tiene la vida consagrada. Nos dice el Concilio que «los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, pobreza y obediencia tienen su fundamento en las palabras y el ejemplo del Señor» y pertenecen a la vida y santidad de la Iglesia.

¡Qué fuerza tiene ver la unión que tiene la Iglesia peregrina en esta tierra con la Iglesia del cielo! Su misteriosa unión la vislumbramos con más fuerza cuando celebramos con gozo las alabanzas de la grandeza de Dios en la sagrada liturgia. En ella la fuerza del Espíritu Santo actúa en nosotros por medio de los sacramentos. ¡Qué fuerza tienen en la celebración de la Eucaristía estas palabras: «Reunidos en comunión, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, madre de Jesucristo nuestro Dios y Señor; la de su esposo, san José; la de todos los santos apóstoles y mártires y la de todos los santos»!¹². Es esencial contemplar a María, Madre de

¹¹ 1 Tes 4, 3.

¹² Canon de la Misa romana.

Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. No podemos desgajarla de estos misterios para entender la función de nuestra Madre en la historia de la salvación y dentro de la Iglesia.

3.2. «Quiero entrar en tu casa» no con cualquier fuerza o palabra, sino con la Palabra de Dios y con su gracia y amor

Las dos palabras con las que se designa la constitución dogmática sobre la revelación divina, *Dei Verbum*, son las que resumen su objeto. Se trata de la Palabra de Dios que el Concilio ha escuchado, mostrando que el magisterio supremo de la Iglesia muestra su sumisión a la Palabra: la escucha, la guarda y la explica fielmente. Tiene esta constitución seis partes: I) La revelación; II) La transmisión de la revelación; III) La inspiración e interpretación de la Escritura; IV y V) El Antiguo y el Nuevo Testamento, y VI) La Escritura en la vida de la Iglesia. Fue muy importante el Sínodo impulsado por el Papa Benedicto XVI, La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, celebrado del 5 al 26 de octubre de 2008.

3.3. «Quiero entrar en tu casa» y que descubras la acción de Dios sobre el hombre, la santificación del hombre por la acción presente de Dios

¡Qué hondura, fuerza y belleza tiene el entender que la liturgia, antes de ser obra del hombre que rinde culto a Dios, es acción de Dios sobre el hombre, es santificación del hombre por la acción presente de Dios! Desea enlazar con la vida de cada persona, es una oferta de Dios a cada cual. De ahí la necesidad de eliminar todo lo que entorpezca la comunicación y mantener y buscar lo que la secunde.

3.4. «Quiero entrar en tu casa». Para ello acoge los grandes retos que hoy tiene la humanidad y que harán caminar en un sentido u otro la historia

El Concilio tuvo y la Iglesia sigue teniendo «ante sus ojos el mundo de los hombres, es decir la familia humana con la universalidad de realidades entre las que vive». La Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo, tiene que hacer la misma obra que hizo Jesús, «baja que quiero entrar en tu casa», porque Jesús vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido.

En esta nueva época en que estamos, la Iglesia tiene que fijar todo su interés en las situaciones que viven hoy los hombres y las mujeres, sus expectativas, miedos, interrogantes, aspiraciones o situaciones dramáticas que se padecen en muchos lugares del mundo. «Baja, quiero entrar en tu casa» implica, en este momento en que vivimos, una honda transformación social y cultural, una invitación a replantearte el modo de situarte ante Dios. Tenemos muchas posibilidades, muchas capacidades y poderes, pero una parte grande de la humanidad padece fuertes necesidades. También surgen nuevas formas de esclavitud, cambios profundos en el orden social, psicológico, moral o religioso. Aparecen interrogantes de hondura y el fantasma de nuevas alienaciones.

Nos encontramos con que el ser humano es imagen de Dios y muchas personas, fruto de la división interior en la que viven, no reconocen su propia identidad y, por supuesto, tampoco reconocen a Dios. Muchas veces no solo niegan a Dios, sino que ni siquiera se plantean su existencia. Se da un olvido y un total aparcamiento de la cuestión acerca de Dios, tanto en el plano teórico como en el

práctico y existencial. A la vez, el vacío interior del hombre es tan grande que tiene que llenarlo con sucedáneos diversos. Por eso, ¿cómo no acoger la urgencia del «quiero entrar hoy en tu casa»?

Hay unas palabras del Concilio Vaticano II que me impresionan. Tienen plena vigencia y nos indican casas en las que hemos de entrar, situaciones de la sociedad a las que hemos de acercarnos:

«Descendiendo a consecuencias prácticas y muy urgentes, el Concilio inculca el respeto al hombre, de modo que cada uno, sin ninguna excepción, debe considerar al prójimo como otro yo, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivir dignamente, para que no imiten a aquel rico que se despreocupó totalmente del pobre Lázaro.

En nuestros días principalmente urge la obligación de acercarnos a cualquier otro hombre y servirle activamente cuando llegue la ocasión, ya se trate de un anciano abandonado por todos, de un trabajador extranjero injustamente despreciado, de un desterrado o de un niño nacido de una unión ilegítima que sufre inmerecidamente a causa de un pecado que él no ha cometido, del hambriento que interpela nuestra conciencia, recordándonos la palabra del Señor: “Cuántas veces hicisteis esto a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Además de todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones infra-

humanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador»¹³.

Señalaré seguidamente algunas situaciones en las que debiéramos entrar y que están indicadas en la constitución *Gaudium et spes* y en documentos del magisterio posteriores. A entrar en estas casas se llama a todos los cristianos, con independencia de la misión y responsabilidad que tengamos. Partimos siempre de dar respuesta a estas preguntas: ¿quiénes somos?, ¿dónde estamos?, ¿qué valoramos?, ¿qué debemos hacer y cómo lo celebramos?

Para asumir estas tareas, hemos de partir siempre de que lo que constituye el fundamento de las relaciones entre la Iglesia y el mundo y la base de todo diálogo de la Iglesia con las diferentes situaciones humanas. Todo se sostiene en este trípode: 1) en lo que sabemos y creemos de y sobre la dignidad de la persona humana; 2) en nuestra reflexión sobre la comunidad humana, y 3) en el sentido profundo que tiene toda la actividad humana. Todo esto constituye el fundamento de la relación entre la Iglesia y el mundo y la base de su diálogo mutuo. La Iglesia con su acción y misión «pretende que venga el Reino de Dios y se instaure la salvación de todo el género humano».

Os hago unas propuestas generales que debemos tener en cuenta. Hoy el Señor entra en el mundo como lo hizo en Jericó y lo hace a través

¹³ GS 27.

de la Iglesia. Atraviesa en nombre de Jesucristo esta Iglesia diocesana que vive en Madrid para anunciar la Buena Noticia, sabiendo que hay entre nosotros quienes no conocen de nada al Señor; otros que, como Zaqueo, quieren ver a Jesús; otros que, teniendo noticia del Señor, se apartaron de la Iglesia por motivos diversos; otros que viven insertos en la comunidad cristiana a la que pertenecen... A todos quiere el Señor, a través de la Iglesia, decirles: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Desde esta perspectiva os hago estas propuestas que recorren el itinerario de las grandes constituciones del Concilio Vaticano II y de sus decretos. Mi deseo es que ayuden a parroquias, arciprestazgos, vicarías, vida consagrada, instituciones de la Iglesia de caridad, enseñanza, sanitarias, residencias de todo tipo, etc., a programar vuestra acción pastoral, de tal manera que caminemos juntos cumpliendo el deseo del Señor de entrar de lleno en todas las situaciones en las que viven nuestros contemporáneos.

Os propongo seguidamente algunas de estas casas en las que habremos de adentrarnos:

1) **La parroquia.** «Quiero entrar en la vida de la comunidad parroquial». Para ello, hemos de tener muy presente la instrucción de la Congregación del Clero sobre *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora*. Después del Concilio Vaticano II se escribió mucho sobre la imagen nueva de la parroquia. «Es una casa en medio de las casas»¹⁴. Creo que trabajar esta instrucción y hacerla vida en nuestras comunidades parroquiales es un reto que nos pide conversión pastoral, sobre todo en un momento en el que el vínculo con el territorio es menos perceptible, los lugares de pertenencia se multiplican y la movilidad y la cultura digital han dilatado los confines de la existencia. La misión, hacer una comunidad de comunidades, evangelizadora y atenta a los pobres y dar cabida a nuevas formas de estructuración son algunos de los desafíos a acometer.

¹⁴ *Chistifideles laici* 26.

2) **La catequesis.** «Quiero entrar en la tarea de la transmisión de la fe». Se ha publicado el nuevo Directorio para la Catequesis donde el criterio que provoca su redacción está en las palabras del Papa Francisco: «Hemos redescubierto que también en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o kerigma, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial».

3) **El matrimonio y la familia.** Después de tres sínodos, dos ordinarios y uno extraordinario, urge hacer posible con creatividad que Jesucristo entre en la familia, en la realidad del matrimonio y de los hijos. Promovamos el matrimonio y la familia cristianos y que sean un movilizador de la comunidad y viceversa.

- Buscar nuevas formas de atención y promoción de la familia.
- Promover la belleza de la familia cristiana.
- Promocionar la vida de la Iglesia doméstica.
- Hacer partícipe a la familia de la vida de las comunidades cristianas.
- Buscar modos y formas nuevas de atender a la familia como tal familia, convirtiendo la casa de familia en templo en el que se alaba, escucha y se asume el abrazo intergeneracional de Dios: abuelos, padres e hijos.
- La exhortación apostólica *Amoris laetitia*, *La alegría del amor*, es un programa que hemos de desarrollar y llave para llevar la buena noticia a la familia y decirle: «Quiero entrar en tu casa».

4) **La cultura humana y el mundo de la educación.** Todo aquello en lo que el ser humano afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales, con la convicción absoluta de que Cristo renueva continuamente la vida. La cultura del ser humano purifica y eleva las costumbres de los pueblos, fecunda, consolida, restaura toda belleza, y hace ver que la cultura debe estar referida a la perfección íntegra de la persona humana. Hay que buscar la armonía entre cultura y educación.

– «Quiero entrar en tu casa». Supone atención y encuentro con educadores, formular lo que es una educación integral, donde ningún aspecto de la persona humana quede descuidado. Dejemos de decir «no estoy de acuerdo» y presentemos de una forma coherente una formulación de la educación que alcance a toda la persona y que dé posibilidades de desarrollar todo lo que el ser humano tiene y lo identifica como tal. A este respecto, la Iglesia tiene mucho que decir: ha sido la promotora de la escuela y de la universidad. Pongamos nuestra experiencia al servicio de todos.

– «Quiero entrar en tu casa». Ha de haber encuentro con el mundo del arte en los múltiples aspectos en que se manifiesta, reconociendo las nuevas formas artísticas.

– «Quiero entrar en tu casa». Que personas cristianas se hagan presentes en todas las asociaciones, grupos e instituciones en los que se trabaje por la promoción de la cultura.

– «Quiero entrar en tu casa». El campo de la vida económica y social ha de promover y honrar la dignidad de la persona humana, su vocación íntegra y el bien de la sociedad. Nuestra situación requiere reformas, cambios en la mentalidad y en la actitud de todos. El cristianismo puede aportar principios

de justicia y equidad: todo progreso económico al servicio del hombre, bajo el control del ser humano. Hemos de eliminar las grandes diferencias económico-sociales para lograr una economía que tenga como centro el servicio a las personas y a las familias, combatiendo la precariedad y la inequidad.

– «Quiero entrar en tu casa». Hay que entrar en el mundo del trabajo y de la empresa para que todos puedan, fruto de su actividad y responsabilidad, sustentar su vida y la de los suyos, ejercer la caridad verdadera y cooperar en el perfeccionamiento de la creación. Sabemos que mediante un trabajo digno y estable el ser humano se asocia a la obra de la redención de Jesucristo, quien otorgó al trabajo una inviolable dignidad, refrendada con sus propias manos en Nazaret. Todos tenemos el deber de trabajar y el derecho a un trabajo digno y suficientemente remunerado.

– «Quiero entrar en tu casa». Hay que entrar en el mundo de la política, a través de la cual se gestiona «el bien común que abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social con las que los hombres, familias y asociaciones pueden lograr más plena y fácilmente su perfección propia». Se trata de construir un mundo más humano con magnanimidad y fidelidad, sin estrechez de mente, en el que se atienda al bien de toda la familia humana, unida por vínculos inescindibles entre razas, pueblos y naciones. Se deben promover dos sustantivos: hijos y hermanos.

– «Quiero entrar en tu casa». Hay que construir ese sueño social y ecológico que, al mismo tiempo, promueve la paz. En la encíclica *Laudato si* el Papa Francisco nos habla de ello: «El desafío urgente de proteger nuestra casa común incluye la preocupación de unir toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo

sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar»¹⁵. Y continúa: «Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y podemos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación»¹⁶. Todo está conectado. «La falta de preocupación por medir el daño a la naturaleza y el impacto ambiental de las decisiones es solo el reflejo muy visible de un desinterés por reconocer el mensaje que la naturaleza lleva inscrito en sus mismas estructuras. Cuando no se reconoce en la realidad misma el valor de un pobre, de un embrión humano, de una persona con discapacidad –por poner solo algunos ejemplos–, difícilmente se escucharán los gritos de la misma naturaleza»¹⁷.

5) El mundo de los más pobres. «Quiero entrar en tu casa». No por ser la última propuesta deja de tener importancia. Lo hago así porque casi siempre lo último que se dice es lo que más queda en la memoria y en el corazón. Deseo que todas nuestras instituciones eclesiales despertemos el afecto y la preocupación por los que más necesitan. Os invito a mirar y admirar, a reconocer el misterio sagrado que tienen y esconden las personas empobrecidas. Que toda la Iglesia atienda a su problemática desde la proximidad y la amistad con ellos. Veamos el porqué de esta pobreza y retomemos cuestiones relativas a las causas que nunca debimos olvidar. La pandemia ha agudizado una crisis que reclama de nosotros, de la sociedad y de las administraciones públicas un esfuerzo sin precedentes, tanto en medidas estructurales como en creatividad, presencia y cercanía al dolor de nuestra gente.

¹⁵ LS 13.

¹⁶ LS 89.

¹⁷ LS 117.

Para seguir pensando

1. ¿Tengo conciencia clara de que la Iglesia ha de acercarse a todos los hombres con palabras y obras, siendo testigos valientes del Evangelio? ¿Cómo lo haría? ¿Se me ocurre algún proyecto? En ese caminar, ¿cómo vivo la unión de esta Iglesia que peregrina en la tierra con la Iglesia del cielo?

2. ¿Qué lugar ocupa en mi vida la Palabra de Dios? ¿Voy descubriendo la hondura que tiene la celebración de la fe en mi caminar tras las huellas de Cristo? ¿Tengo todos los días un tiempo para meditar la Palabra? ¿Hay un lugar privilegiado en mi casa donde está la Biblia?

3. ¿Descubro que mi compromiso cristiano en medio del mundo transforma la realidad y el entorno en el que vivo? ¿Descubro algún lugar o lugares donde me siento llamado a estar yo en estos momentos?

4. ¿Cuáles son, a mi modo de ver, los problemas que acucian y matan la dignidad humana?

5. ¿Qué parroquia sueño? ¿Qué catequesis sueño? ¿Qué familia quiero y cómo la voy construyendo?

6. ¿Cuáles son las tareas más importantes hoy para los padres y los educadores en la misión educativa? ¿Cómo llevarlas a cabo?

7. ¿Cómo promover la cultura en la que Cristo no es un adjetivo, sino un sustantivo que da unos horizontes absolutamente nuevos? ¿Cómo transformar la cultura desde dentro? ¿Qué oferta hacen los

4. Compasión y misericordia. El ser humano con hambre de comunión, de verdad, de paz y de amor

¿Qué interés tenía Zaqueo por ver al Señor? Era rico, pero el vacío que tenía en su vida era grande. Salió para ver pasar a Jesús. Uno intuye que era un hombre en búsqueda. Era, tal y como nos dice el Evangelio, un publicano, jefe de los recaudadores de impuestos con sede en el oasis de Jericó. Pero quería ver a Jesús, ese era su empeño más grande. Era judío de nacimiento y odiado por sus compatriotas a causa de su profesión, que lo colocaba entre los pecadores públicos. Según el Evangelio, era de baja estatura. Y cuando estaba subido a un sicomoro le sorprende la mirada llena de amor de Jesús. Para él fue una sorpresa. Aún quedó más sorprendido cuando escucha del Maestro: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». A la generosidad de Jesús, que no tiene inconveniente en ir a casa de un pecador público, Zaqueo responde también con generosidad. Su vida ha cambiado desde el encuentro que tuvo con el Señor. Su mirada hace que en su vida aparezca un antes y un después.

No tengamos miedo a dejar entrar al Señor en nuestra vida. Invitemos a quienes nos encontremos por el camino a dejarlo entrar. Por dejar que entre en mi vida Jesucristo, ni pierdo fuerzas, ni vida, ni alegría. Todo lo contrario: el amor de Dios fortalece. Así lo hizo con Zaqueo, que sintió la cercanía de un amor incondicional que lo llenó de alegría y de vida. Porque, en la medida en que acogemos la santidad del Santo, en este caso el Santo de los Santos, eliminamos todas las esclavitudes y reconocemos dónde está y dónde se maximiza nuestra dignidad. Zaqueo había vendido su dignidad por tener dinero; ahora descubre que solo le ha devuelto la dignidad la mirada

llena de amor de Jesucristo. Quizá esta experiencia es la que hizo que Zaqueo pasase de ser un hombre aprovechado y rácano a uno sabio y dadivoso con los pobres. Recibir el abrazo de Cristo conduce a querer ofertar ese gesto de amor de Dios a los demás.

Hay dos modos de falsificar lo que es el ser humano. En Zaqueo antes del encuentro con Jesús se dan ambos:

1) Encerrarse en uno mismo. En este caso con un único interés: tener dinero. Y seguro que lo hizo con razonamientos que le iluminaban y justificaban. Pero estuvo clausurado sobre sí mismo, medía la perfección por la suma de dinero que iba acumulando, los demás no le importaban, se aprovechaba de los otros... Así vemos su casa cuando llega Jesús: llena a rebosar de cosas. ¿Cuál fue la reacción de Zaqueo ante la cercanía de Jesús? Abrir el corazón y tomar el impulso de la caridad, dar de lo que había recibido: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más». Ante la mirada de amor de Cristo, se desencadena en quien lo percibe el impulso de la caridad, de un amor desmedido y reparador.

2) Domesticar la visión de la realidad. En el presente caso, creyendo que uno mismo puede dar todas las respuestas. Sube por curiosidad al sicomoro, simplemente para ver pasar al Señor. Y allí experimenta cómo el Señor le sorprende. Cristo es siempre una sorpresa imprevista. Y Zaqueo acepta el reto de dejarlo entrar en su vida. Él se ha aprovechado de los demás. Sin embargo, aparece alguien que no le ofrece meras elucubraciones, que le regala un cambio en su vida. Jesús le lleva a algo grandioso, a no desconectarse nunca de la misericordia hacia el prójimo.

En la persona de Zaqueo vemos que quien verdaderamente no falsifica la vida humana, sino que la sitúa en la verdad de lo que somos los hombres, es Jesucristo. Es la gracia del Señor quien siempre toma la iniciativa. En este sentido, no somos justificados por lo que hacemos, sino por la gracia del Señor. En el Catecismo de la Iglesia católica se nos recuerda que el don de la gracia «sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad»¹⁸. De tal modo que la amistad de Dios no puede ser comparada con nuestras obras. Su amistad es un regalo gratuito de Él a nosotros. ¡Qué bien se contempla en Zaqueo! Después de percibir la mirada de amor de Cristo, le entregó sus capacidades, empeños y creatividad, para que su amor se desarrollara en él. ¡Con qué fuerza y hondura descubrió Zaqueo que estaba llamado a cuidar atentamente la caridad! El Señor no le entregó fórmulas, sencillamente lo amó y le hizo ver su rostro que se refleja en los hermanos. Le fue entregado el rostro de Dios que se revela en todos los hombres y mujeres. Y Zaqueo lo vio con tanta claridad que quiso hacer con los más pobres lo que Dios había realizado en él.

Para seguir pensando

1. ¿Soy un cristiano encerrado en mí mismo o abierto a los demás? ¿Cómo? ¿Qué propuestas tengo para no vivir una pertenencia eclesial viviendo solo para mí y los míos?
2. ¿Domesticó la realidad en la que vivo según mis gustos e intereses o me dejó sorprender por Jesucristo, que me hace mirarla de un modo nuevo? ¿Cómo lo hago?
3. ¿Se desarrolla el amor del Señor en mi vida y se transforma en vivirla compartiendo con los demás?

¹⁸ Catecismo de la Iglesia católica, nn. 1998 y 2007.

5. Mirar. La necesidad que tiene el ser humano de tomar altura para ver

Zaqueo subió a un sicomoro para ver a Jesús, pues tenía que pasar por allí. El Evangelio da una razón para hacerlo: «porque era pequeño de estatura». Pero quisiera que vieseis algo más. Para entender las razones de Dios, que no son las nuestras, para ver la presencia de Dios, hay que tomar siempre altura. ¿No recordáis el capítulo 25 de san Mateo que nos presenta el protocolo que el Señor nos pide al finalizar nuestra vida y por el cual seremos juzgados?: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». Solamente desde la altura y desde esta perspectiva que nos ofrece Jesucristo se entiende. Como decía el Papa san Juan Pablo II, «si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse»¹⁹.

Hay que aprender a mirar con la mirada de Jesús. Ello supone desterrar las miradas ideológicas que siempre nos llevan a errores muy nocivos para nuestro existir cristiano, nos separan del Señor. Al final, nos encontramos con ideas que nos dificultan la relación personal con Cristo. Tamizamos, muchas veces de manera inconsciente, nuestro vivir desde una idea, no desde la persona del Señor. Estoy escribiendo esta página el día que la Iglesia celebra la fiesta de san Bernardo. En el oficio de lecturas de esta fiesta, leemos un sermón que entre otras cosas dice: «El amor basta por sí solo, satisface por sí solo y por causa de sí. [...] Amo porque amo, amo por amar [...]. Gran cosa es el amor, con tal que recurra a su principio

¹⁹ *Novo millennio ineunte* 49.

y origen, con tal de que vuelva siempre a su fuente y sea una continua emanación de la misma. [...] En efecto, cuando Dios ama, lo único que quiere es ser amado: si Él ama, es para que nosotros lo amemos a Él, sabiendo que el amor mismo hace felices a los que se aman entre sí. [...] El amor del Esposo, mejor dicho, el Esposo que es amor, solo quiere a cambio amor y fidelidad»²⁰. Insisto: no se trata de ideas; es en el encuentro con la persona misma del Señor y no con una idea cuando aprendemos a mirar.

La mirada ideológica convierte al cristiano y a lo que hace en una organización que quita la luz que todos los santos nos han dado. Recuerdo aquí a dos personas a quien he conocido y con las que tuve trato: la venerable sierva de Dios madre María de las Mercedes, fundadora en mi tierra de origen de las Operarias Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, y el venerable siervo de Dios Doroteo Hernández Vera, fundador del Instituto Secular Cruzada Evangélica. ¿Por qué los recuerdo? Los conocí y he visto sus obras. Los recuerdo porque son expresión de la mística y de la luz que vivieron. Es verdad que en estos dos casos la Iglesia irá diciendo, pero ya los declaró venerables. Puedo asegurar que la oración, el amor de Dios y la acogida de la Palabra de Dios los mantuvieron firmes en la fe en las situaciones de su vida. Su vida teologal les incrementó su pasión por llegar a todos los hombres, su entrega al prójimo y su compromiso con la Iglesia y la sociedad del momento. No puedo dejar de destacar el compromiso que asumieron con los inocentes no nacidos aún, la defensa de la vida, el respeto a la sagrada dignidad humana, la entrega a los pobres o la defensa de quienes padecen la terrible lacra de la trata.

El Papa Francisco en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* dice algo que, a mi modo de ver, es un termómetro para saber si nos mueve Cristo o unas ideas. Si tenemos la mirada de Cristo o no. Nos

²⁰ San Bernardo, sermón 83, 4-6: *Opera omnia*, edición cisterciense, 2 (1958), 300-302.

dice: «El mejor modo de discernir si nuestro camino de oración es auténtico será mirar en qué medida nuestra vida se va transformando a la luz de la misericordia. Porque la misericordia no es solo el obrar del Padre, sino que ella se convierte en el criterio para saber quiénes son sus verdaderos hijos. Ella es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»²¹. Quizá entendemos mejor esto con unas hermosas palabras de la madre Teresa de Calcuta: «Sí, tengo muchas debilidades humanas, muchas miserias humanas. [...] Pero Él baja y nos usa, a usted y a mí, para ser su amor y su compasión en el mundo, a pesar de nuestros pecados, a pesar de nuestras miserias y defectos. Él depende de nosotros para amar al mundo y demostrarle lo mucho que lo ama. Si nos ocupamos mucho de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás»²².

Os propongo unas bienaventuranzas que pudieran ayudarnos a tener la mirada de Jesús, y a subir y a contemplar desde lo alto como Zaqueo. Podrían ser una ayuda para nuestro encuentro con Jesucristo y para eliminar la tentación de ideologizar el mensaje de Cristo, su seguimiento y la vida de fe. Aprendamos con ellas a mirar con la mirada de Jesús:

- 1) Bienaventurado serás si centras tu vida en Jesucristo y te mantienes firme siempre en Él. Vivirás en la seguridad, tendrás paz, te sentirás con fundamentos para vivir.
- 2) Bienaventurado serás si no te dejas alimentar por ti mismo. No devuelvas lo que te hicieron. Sobre todo, cuando te hacen daño, nunca te dejes vencer por el mal.
- 3) Bienaventurado serás si luchas implacablemente para que nunca arraiguen en ti el egoísmo, la agresividad, la indignación

²¹ GE 105.

²² Madre Teresa de Calcuta, *Cristo entre los pobres*, Lumen, Madrid 1981, 37-38.

mantenida contra las personas, el decaimiento cuando algo te abruma o los juicios que nos sacan de las manos misericordiosas de Dios.

4) Bienaventurado serás si estás dispuesto a no pertenecer a ninguna red en la que la violencia verbal o existencial marquen la dirección de tu vida. Bendito serás si evitas maltratar a los demás por escrito o con imágenes mediante calumnias, difamaciones u opiniones denigratorias de las personas.

5) Bienaventurado serás si no gastas energías en difundir los errores que cometen otros, y tú haces todo lo posible por eliminar cualquier forma de maltrato al prójimo. Tú prefieres ofertar salidas que dignifiquen a quien va contigo por el camino, aunque no piense como tú, porque no te consideras mejor o superior a nadie.

6) Bienaventurado serás si eres capaz de no colocarte en el lugar de Dios, es decir, siempre arriba y juzgando. Más bien identifícate con Cristo, que nos enseña que se vence el mal con el bien.

7) Bienaventurado serás si eres capaz de soportar humillaciones, la mentira sobre ti, los comentarios sin datos, las medias verdades o las opiniones descalificatorias que nacen de tener otras ideas diferentes. Nunca te creas digno siendo duro; mira a Cristo fijando la mirada en el Padre y di: «Perdónales porque no saben lo hacen».

8) Bienaventurado serás cuando, mirando a Cristo, te liberas de todo tipo de agresividad y llenas tu corazón de la sabiduría del Señor que te permitirá transitar con confianza por «cañadas oscuras».

6. Abrazar. Jesús te mira y te dice también: «Baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa»

Me imagino la sorpresa de Zaqueo cuando Jesús fija su mirada en él y le dice «es necesario que hoy me quede en tu casa». Quisiera que mi carta pastoral también os sorprendiese cuando os digo que Jesús quiere quedarse en vuestra casa y quiere entrar en vuestra vida. Y lo quiere hacer en estos momentos de la historia, cuando estamos viviendo esta pandemia que asola a toda la humanidad y que aquí en Madrid ha entrado con tanta fuerza. La Iglesia que camina en Madrid tiene que decir a todas las personas que se encuentre en el camino: «Baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Este anuncio misionero queremos hacerlo con rostros concretos, con *Zaqueos* contemporáneos, hombres y mujeres, jóvenes y niños que buscan, que desean ser felices, que quieren dar un sentido a su vida, que no están a gusto pensando que están en este mundo por pura casualidad, que desean ser amados, que desean entregar a los demás felicidad y vida... Pues aquí, en Madrid, con rostro concreto, deseamos promover esa cultura del encuentro que alcanza su máxima belleza en el encuentro con Dios.

Deseo entregaros cómo se ha de iniciar el vivir en esa pluriforme armonía de la que nos hablaba el Papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Cultivemos en Madrid cuatro principios que quiero recrear para nuestra Iglesia diocesana²³: 1) El tiempo es superior al espacio; 2) La unidad prevalece sobre el conflicto; 3) La realidad es más importante que la idea, y 4) El todo es superior a la parte.

²³ EG 222-237.

¡Qué bueno es trabajar a largo plazo! **El tiempo es superior al espacio.** No tengamos obsesiones por los resultados, no caigamos en la tentación de los primeros discípulos: «Hemos estado trabajando toda la noche y no hemos pescado nada» (Lc 5, 5). Trabajemos sabiendo que el que hace crecer es el Señor, demos tiempo al tiempo y mantengamos con tesón una dirección. Seamos pacientes, no caigamos en la tentación de dar prioridad a los espacios de poder en lugar de a los tiempos y a los procesos. En nuestra Iglesia diocesana iniciamos un proceso hace seis años con el Plan Diocesano de Evangelización (PDE); después hemos continuado con el Plan Diocesano Misionero (PDM) en el que estamos metidos de lleno. Y ahora, al comienzo de un nuevo curso lleno de incertidumbres, animados por esta carta pastoral: «*Quiero entrar en tu casa*».

¡Qué alegría da ver cómo el tiempo convierte los espacios en caminos sin retorno, generando dinamismos nuevos que logran involucrar a personas y grupos! Nosotros, como Iglesia del Señor, damos importancia al tiempo como lo hizo Jesucristo, que se manifestó en un tiempo concreto, se encarnó y vivió entre nosotros; es verdad que lo hizo en un espacio determinado, pero nos entregó unas convicciones claras y precisas que construyen la plenitud de la existencia humana y que desbordan lo espacial. El camino de un proceso es largo, pero es evidente que la bondad de la propuesta de Cristo se manifiesta en el tiempo. ¿Qué sucedió en el encuentro con Zaqueo? ¿Qué aconteció cuando Jesús entró en su casa y, sobre todo, en su vida? Allí comenzó un proceso que no solo tocó la vida de Zaqueo, sino también la de todos los que había en aquella casa.

Hay realidades con las que nos confrontamos todos los días. Asimismo, hay situaciones, decisiones, tareas y diferentes opiniones que generan conflictos. No podemos ignorarlos, pero no podemos

dejarnos atrapar por ellos: no nos pueden hacer perder la perspectiva global, no deben oscurecer ni dividir la realidad. **La unidad prevalece sobre el conflicto.** No sé si os habéis dado cuenta de algo que nos pasa cuando nos detenemos en un conflicto: perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad. Ante el conflicto, unos lo miran, pasan de él y siguen adelante; otros quedan atrapados y prisioneros del mismo; finalmente, otros asumen el conflicto, lo sufren, pero lo resuelven y lo transforman para seguir adelante, es decir, buscan la paz y la unidad. Esta tercera actitud es la que hace posible desarrollar la comunión en las diferencias. Son capaces de hacerlo las personas que viven no desde la superficie conflictiva, sino desde la profundidad de la unidad del ser. Ello engendra nueva vida. No se trata de sincretismo ni tampoco de absorción, sino de apostar por resolver las cuestiones en un plano superior. ¿Cómo venció el Señor? Unificando todo en su persona: cielo y tierra, Dios y hombre, tiempo y eternidad, carne y espíritu, persona y sociedad. ¿Dónde encontró Zaqueo la paz y el verdadero sentido de su vida? En la profundidad de su persona cuando escuchó al Señor: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». ¿Y cuándo la encuentra? Cuando sitúa su vida en las manos de Jesús, cuando se ubica en un plano superior, cuando deja que entre en su casa y, ampliando el horizonte, ve todo de otra manera.

¡Qué fácil es hablar, comentar e idear estrategias teóricas! ¡Qué difícil es afrontar las realidades con sus problemas, sus cegueras, sus sombras, la diversidad de personas y las complejas situaciones que viven! **La realidad es más importante que la idea.** He vivido momentos muy diferentes en mi vida desde las diversas responsabilidades que se me han pedido como sacerdote y como obispo. Y he visto con claridad que una cosa es situarse en el plano teórico de las ideas y otra muy diferente es estar en la realidad y tener que tomar decisiones sobre ella. ¿Qué es la realidad? Ahí tenemos a

Zaqueo, a un hombre con deseos de buscar luz, vida verdadera, a alguien que busca salida a los anhelos más hondos y hermosos de su vida. Tiene ante sí la realidad, sin embargo, no hace nada por ella. Tenía delante, bien palpables, a los pobres, a quienes había engañado y defraudado, pero no hacía nada por ellos. ¿Qué son las ideas? Afrontar los problemas reales, pero solo en el orden abstracto del pensar, no en el actuar. No se puede separar la idea de la realidad. No se puede vivir de palabras, de imagen, de declaraciones que no tienen vida, de principios tan rígidos que matan la realidad. Tampoco sin tomar decisiones, sin determinaciones, que nos acercan a ella.

¡Qué importante es descubrir que lo que convoca y atrae es la realidad! Los santos de nuestro tiempo naturalmente tenían muchas ideas, pero ha sido su entrega de la vida a Cristo y a su Iglesia, todo lo que hicieron para anunciar el Evangelio y transformar la realidad, lo que nos sigue atrayendo de ellos: san Rafael Arnáiz, santa Teresa de Calcuta, san Juan Pablo II, san Pablo VI, santa Maravillas de Jesús, san Óscar Romero y tantos otros de todos los tiempos. Muchas veces tener la idea sin más oculta la realidad. Llenamos la vida de purismos, angelismos, totalitarismos y absolutismos y, luego, nuestra pobre vida evidencia que una cosa son las palabras y los enunciados teóricos y otra muy distinta la vida por donde vamos. Cristo nos muestra el criterio: Dios se hizo Hombre. Es el criterio de la encarnación. Ese ha de ser el criterio que tengamos para anunciar el Evangelio. La evangelización hay que hacerla de manera coherente con palabras que muestran la vida que tenemos o con el testimonio de las obras que hablan por sí mismas. Llevemos la Palabra a la realidad. Esto es lo que hizo el Señor con Zaqueo. Seguro que este había oído hablar de Él, pero quiere verlo pasar. Y en ese pasar entre las gentes, el Señor mira a Zaqueo y le hace una propuesta de vida: «Baja porque es necesario que hoy me quede en tu casa». No es una

propuesta teórica, abstracta o ideológica. Es una oferta de vida con virtualidad para cambiar la vida de Zaqueo.

Si os dais cuenta, siempre nos sentimos más a gusto en el mundo de las ideas que en el plano de la realidad. ¿Qué sucede cuando nos movemos así? Que fragmentamos y parcializamos la vida, provocando la pérdida del horizonte, generando infinidad de confusiones e insatisfacciones. **El todo es superior a la parte.** ¿Qué le hubiese pasado a Zaqueo si no hubiese subido al sicomoro? Que no habría visto a Jesús ni a todos los que estaban con Él. Le habría faltado una perspectiva totalizante. Es importante contemplar el todo y no quedarnos en la mezquindad de ver solamente una parte. Por supuesto, tenemos que ver también la parte; si la dejamos, no resolvemos los conflictos. La nuestra ha de ser una visión integral e integradora. Dejemos interpelarnos por la parte, pero veamos *todas* las partes. Veamos el todo y no solamente hagamos sumas. No veamos nuestra comunidad aisladamente, ni sumemos todas abstractamente. Viendo el todo y la parte, hagamos un discernimiento del bien mayor. Hemos de trabajar en nuestra parcela de la finca, pero sin olvidar la finca entera. Zaqueo solo estaba pendiente de recaudar lo de todos, pues era jefe de recaudadores, pero se había olvidado de su propia casa. Junto a Jesús se vio a sí mismo y vio a los demás.

El Papa Francisco nos propone el modelo del poliedro para explicar que el todo es superior a la parte. Hemos de trabajar por lo cercano, pero sin olvidar el todo. Recogemos lo mejor de todos, como acogemos el Evangelio entero y lo encarnamos con nuestra vida concreta. Zaqueo acogió a Jesús y extrajo sus consecuencias: «La mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más». Dejó entrar a Jesús en su vida como principio totalizante y, como consecuencia, en la vida de todos los que estaban con él.

Para seguir pensando

1. ¿Tengo obsesión por los resultados inmediatos? ¿A qué doy prioridad?, ¿al tiempo, a los procesos o al espacio? Señalo algún proceso que me gustaría que comenzase en mi comunidad cristiana. ¿Qué prevalece en mi vida?, ¿la unidad o el conflicto? Cuando hay conflicto, ¿soy capaz de asumirlo y transformarlo y seguir hacia adelante?

2. ¿Soy capaz de elevar todo lo que sucede a un plano superior y resolverlo?

3. ¿Es más importante la realidad o la idea? ¿Qué hago para transformar la realidad? Ante la realidad que vivo como cristiano, ¿qué me gustaría hacer, proyectar, fomentar?

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

7. Provocar. El interes de Jesús por cada ser humano engendra alegría, pero también desconcierto

No hay duda de que la llamada de Jesús a Zaqueo provocó alegría en su vida, «él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento». ¡Qué fuerza de convicción tiene esta página del Evangelio! En el mundo vemos muchas situaciones en las que viven los hombres, con muchas necesidades y también con grandes angustias. Ante ello, se dan muchos tipos de respuestas. Se responde desde organizaciones sociales, con recursos técnicos, realizando debates que sensibilicen, con programas políticos diversos y con planteamientos diferentes. Son soluciones. Pero la Iglesia, con la originalidad que el mismo Jesucristo le ha dado, tiene que responder de un modo singular.

Nosotros, los discípulos de Cristo, no podemos renunciar a la propuesta de fe que aparece en el Evangelio con enorme claridad. Debemos unirnos a todos en la lucha por defender y promover la dignidad del ser humano y la defensa de su identidad, pero anunciando a Jesucristo que nos ha dicho que Él es el Camino, la Verdad y la Vida, que Él es el Buen Pastor que cuida a toda la humanidad, que Él es la Resurrección y la Vida, que en Él encontraremos reposo los que estemos agobiados y angustiados. Para los discípulos de Jesús, ofertar la propuesta cristiana es un imperativo. Así lo sintió y vivió el apóstol San Pablo y por eso dice: «¡Ay de mí si no evangelizo!»²⁴.

¡Qué bien se contempla en Zaqueo la auténtica opción por los más pobres! Aquello que nos mueve a liberarlos de su miseria y defender sus derechos nos tiene que conducir a proponerles la

²⁴ 1 Cor 9, 16.

amistad con el Señor. Pero no comencemos dando códigos doctrinales o imperativos morales. Ved lo que hace Jesús con Zaqueo: lo mira con ternura y le propone su amistad: «Date prisa y baja». Zaqueo percibe la cercanía de alguien que lo mira exclusivamente por amor, sin ningún otro interés. Quizá Zaqueo, que poseía bienes y dinero, estaba rodeado de gentes que buscaban algo de él. Jesucristo se dirige a él sin más. Le muestra su cariño incondicional, el interés por su persona y se hospeda en su casa.

El Señor ofrece a Zaqueo la vida, no mensajes sociales ni códigos doctrinales, ni imperativos morales. Todo eso llega por el encuentro con el Señor que implanta en ti una manera de entender la vida, de mirar a los demás y de asumir compromisos. Esto es lo que sucede en Zaqueo. Mientras unos murmuraban desde parámetros morales, («Es un pecador», dirían), Jesús se mueve por un amor sin medida hacia él y hacia todos. Esto es lo que cambia el corazón y la vida de Zaqueo: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más».

Jesús tiene un deseo inmenso de entrar en la vida de todos los hombres. Porque todos los hombres tienen derecho a que se les ofrezca el Evangelio, el anuncio de un Dios que ama infinitamente a cada ser humano, un amor que se ha mostrado de una manera tan clara y evidente en Jesucristo.

¡Qué bien describe el Papa Francisco el cómo hacer este anuncio! En la exhortación apostólica *Christus vivit*²⁵ se nos habla de un anuncio que incluye cuatro verdades que urge escuchar siempre:

1) «**Dios te ama**». Nunca lo dudes: pueden sucederte muchas cosas, incluso algunas aparentemente inentendibles desde la verdad

²⁵ Cf. ChV 112-133.

que es Dios que te ama. Arrójate siempre en los brazos de un Dios que es Padre, que te ha dado la vida, que en cada instante te la sigue dando y que respeta tu libertad absolutamente. Cuando estoy escribiendo estas líneas, me vienen a la memoria las palabras del profeta Ezequiel: «Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. [...] Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne»²⁶. ¡Qué bueno es descubrir que somos obra de sus manos y que su amor en nosotros ni aplasta, ni margina, ni calla, ni humilla, ni avasalla! Por el contrario, es extremadamente respetuoso, amable, discreto, engendra libertad, cura y hace que estemos levantados siempre con las manos abiertas para atender al prójimo.

2) **«Cristo te salva»**. Él abre sus brazos en la cruz para salvarte. Da la vida y lo hace hasta el extremo. Nadie nos puede robar la dignidad que nos ha regalado su amor. Cristo nunca nos abandona, ni nos desilusiona, siempre nos perdona y nos libera. Mira y contempla la cruz. Déjate abrazar por Él. A veces esto no es entendido, lo vemos en las personas que rodeaban a Zaqueo: cuando Jesús entra en su casa, se nos dice que «al ver esto, todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse a casa de un pecador”». Pero no lo entendemos porque nuestras medidas son diferentes, no nos reconocemos a nosotros mismos en nuestra realidad y nuestro amor es raquítico. Pidamos al Señor ser partícipes de su amor sin medidas, absoluto.

3) **«¡Él vive!»**. Jesús no es alguien que vivió hace 2.000 años, no es simplemente un buen ejemplo del pasado. Él vive, está a tu lado, te acompaña. Es el Resucitado. Tienes la garantía de que es un eterno viviente. Dándole la mano viviremos. No estamos desprotegidos. Nos da su gracia, su amor, su vida, sus palabras, sus consejos.

²⁶ Ez 36, 23-28.

No estamos abandonados, es más, en la Eucaristía está realmente presente. Es muy importante que nos encontremos con Él, que tengamos experiencia de Él. No es una idea. Él nos da nuevos horizontes y, junto a Él, tomaremos decisiones que orienten nuestra vida para siempre.

4) **«El Espíritu da vida».** El Espíritu Santo abre nuestro corazón y nos llena de coraje. Es el que hizo posible que aquellos discípulos llenos de miedo saliesen con valentía a anunciar el Evangelio el día de Pentecostés. Invócalo para que te haga valiente mensajero del Evangelio, deja que impulse tu vida, te hará recorrer con audacia caminos que nunca imaginarías. Su fuerza te hará fuerte en tu debilidad, te renovará, te quitará el cansancio. ¡Qué bueno es comprobar cómo su acción hace posible que todos los que estaban en casa de Zaqueo experimentasen que «hoy ha sido la salvación de esta casa [...] porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Para seguir pensando

1. ¿Cómo hacer la propuesta de fe a quienes viven a mi lado?
¿Ofertar la vida de Cristo es prioritario?

2. ¿Cómo están estas verdades presentes en mi vida: Dios te ama, Cristo te salva, Jesús vive, el Espíritu da vida? ¿En qué cambia mi vida y mis relaciones? ¿Cómo tendría que hacer esta oferta a todos los hombres?

3. ¿Cómo hacer hoy la propuesta de Cristo? El Señor ofrece la vida, no códigos doctrinales ni imperativos morales. ¿Qué oferta de vida me hace? ¿Es una manera de entender la vida, de mirar a los demás, de asumir compromisos?

4. Hago un plan claro de lo que ofrece el Señor en estos momentos de mi vida y lo expreso.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

8. Ofrecer. Entregados a todos los hombres para brindarles la alegría del Evangelio

La Iglesia está llamada a caminar, a salir al encuentro de la humanidad por todos los caminos que recorre, en las situaciones que vive, en la cultura que la envuelve. Es verdad que en la salida misionera las metodologías pueden ser diversas, pero lo cierto es que en todas tiene que darse una convicción: «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio»²⁷. ¡Qué belleza adquiere la Iglesia cuando en sus diferentes comunidades se buscan y se ponen todos los medios para que todos tengan acomodo! Ahora entendemos mejor la fuerza que tiene la propuesta de Jesús a Zaqueo: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Una persona postergada por los judíos, un publicano jefe de recaudadores, es mirado y llamado por Jesús.

La Iglesia debe tener el diseño que le dio Jesús: las puertas abiertas para salir en búsqueda de todos los hombres y ofrecerles la Buena Noticia. Hace falta una Iglesia de puertas abiertas para que todas las personas puedan entrar a ella sin miedos y sin pasaportes especiales. No vale solo esperar, hay que salir también. Esto es lo que hace Jesús y lo que Él quiere que haga la Iglesia siguiendo sus pasos. Nos dice el Evangelio que Jesús «entró en Jericó, e iba atravesando la ciudad». Es en esta travesía donde ve a Zaqueo y lo llama. Hay una dinámica que el Papa Francisco invita a no olvidar: «la del Éxodo y la del don». Es una dinámica siempre de salida. Sí, estamos invitados a salir de nosotros mismos, a mantenernos siempre caminando y sembrando, nunca parados, siempre mirando más allá.

²⁷ EG 20.

Muy a menudo salgo por Madrid y me voy acercando a los lugares donde aparecen nuevas urbanizaciones y en los que no tenemos más presencia que la de algunos cristianos que viven en ellas. Siempre pensamos en construir un templo que puede tardar mucho tiempo en poderse hacer. Estamos en momentos de misión, de anuncio, de presencia significativa. Por ello, pienso en algo mucho más inmediato como es encontrar comunidades parroquiales que se sientan misioneras y que ayuden con sus medios a encontrar un lugar donde poner una tienda pequeña de encuentro. Se trata de comenzar allí el anuncio de Jesucristo sin dilaciones. De ir creando espacios no definitivos, pero donde pueda estar la presencia del Señor en el misterio de la Eucaristía, acompañando a esa barriada o urbanización y donde los propios cristianos, jóvenes y adultos, asuman la responsabilidad de evangelizar. De este modo estaremos mostrando realmente que la Iglesia es misionera y acompaña. Será un lugar de llamada para quienes creen y se sienten miembros vivos de la Iglesia y una oferta salvadora para quienes no tienen noticia del Señor o han recibido una noticia mal anunciada.

Así, en ese lugar, comenzaremos, aunque sea de una manera muy sencilla, a anunciar el Evangelio. Quizá tardemos en construir allí un templo, entre otras cosas porque no hay terrenos ni dinero para hacerlo. Sin embargo, no dejaremos de hacernos presentes de una forma nueva, sencilla y creíble. Me viene a la memoria cómo se hizo la evangelización de Madrid en pleno desarrollo de los años 60. Algunos sacerdotes mayores fueron protagonistas y testigos de esto. Se fueron a un bajo o pidieron un portal para celebrar la Eucaristía y anunciar a Jesús. Entusiasmaban a quienes allí venían de muchos lugares de España y los ayudaron a vivir la fe y a sentirse miembros vivos de la Iglesia. Estamos en otro momento, es cierto. Momento que requiere otras maneras que no se parecerán a los

anteriores. Pero, ¿seremos capaces de tener la imaginación y la creatividad que nos da Jesucristo para seguir evangelizando con medios sencillos? ¿No tenemos comunidades con medios para involucrarse, acompañar, fructificar y festejar con obras y con gestos la vida cotidiana de los demás? Os invito a tocar la carne de Cristo en el pueblo. No podemos hacerlo solo con ideas. Os invito a ver cómo están nuestras gentes. Hay muchos *Zaqueos* esperando que alguien les diga: «Date prisa y baja».

Cristo nos llama para que no dejemos las cosas como están. Ante situaciones nuevas hagamos esa conversión pastoral que se nos pide. La fidelidad a Cristo y a la misión que Él encomendó a la Iglesia nos lo reclaman. Cristo nos convoca a la reforma de nuestra vida para no dejar a nadie abandonado en la cuneta. Recordad que la carta pastoral que el año pasado os escribía, ya en el título mismo expresaba esta misma convicción: «¿*Qué quieres que haga por ti?*». Nunca dejemos que las estructuras y la burocracia condicionen el dinamismo evangelizador que el Señor nos pide en estos momentos a sus discípulos.

¡Cuánto os agradezco a todos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos los caminos que habéis recorrido con el deseo de anunciar a Jesucristo! ¡Qué imagen más bella de la Iglesia estáis dando durante la pandemia! Gracias de corazón. ¡Qué amplitud de miras habéis dado a la parroquia cuando habéis cuidado la presencia y las obras de la vida consagrada! ¡Qué fuerza testimonial y de entrega habéis dado mediante la escucha de la Palabra, el crecimiento en la vida cristiana, el anuncio y el ejercicio de la caridad, el diálogo y la apertura a todos, la adoración y la celebración! ¡Cuánta creatividad! Hemos crecido como Iglesia dándonos a los demás en momentos muy difíciles. Os aseguro que el Señor no lo olvidará y

nos colmará cuando Él quiera y como quiera. Su Amor nunca nos deja sin respuesta.

Hemos de seguir trabajando para que la parroquia sea un lugar de integración de la pastoral orgánica de la Iglesia diocesana, donde los carismas se acogen, se promueven y se integran en la misión de la Iglesia. El Papa Francisco nos recuerda que «el objetivo de los procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos»²⁸.

¿Cuál ha de ser nuestra preocupación para anunciar el Evangelio? La que tuvo el Señor con Zaqueo. No consistió en llenarlo de doctrinas y discursos, sino en mirarle a los ojos con intensidad e invitarse a entrar en su hogar. El anuncio siempre se concentra en lo esencial: muestra la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo, muerto y resucitado²⁹. Quizá los jóvenes nos están ayudando en este sentido de ir a lo esencial. Ellos mismos son los agentes y protagonistas de la evangelización. Los adultos los acompañamos y guiamos, pero ellos mismos son libres para encontrar caminos nuevos con creatividad y audacia. Si estamos atentos a la vida de los jóvenes, a sus intereses y necesidades, ellos mismos nos indicarán que es necesario asumir nuevos estilos y nuevas estrategias. Nosotros, los mayores, todo lo tenemos previsto y programado; ellos asumen la flexibilidad, se forman, pero de otra manera, comparten la vida, celebran, cantan, escuchan, ofrecen y relatan testimonios reales y viven con emoción la experiencia del encuentro comunitario con el Dios vivo.

Personalmente, me hizo mucho bien acoger en mi corazón esta página del Evangelio relativa a Zaqueo. ¿Por qué? Hay dos aspectos que, a mi modo de ver, se dan hoy también en los

²⁸ EG 31.

²⁹ EG 36.

jóvenes: la búsqueda y el crecimiento. Los jóvenes tienen unas antenas capaces de percibir lo que es más necesario. Con la sensibilidad de un joven, Zaqueo está buscando, quiere ver a Jesús, «trataba de ver quién era Jesús». Y es en esa búsqueda donde él crece. Es Jesús el que se hace el enconradizo con él y le pide ser su huésped.

Como con Zaqueo, tenemos que asegurar que los hombres y mujeres de hoy se atrevan a sembrar el primer anuncio del Evangelio, lo cuiden y lo hagan crecer. Jesús privilegia el idioma de la proximidad y del amor desinteresado. Por eso entra en su casa, sin dejarse condicionar por las críticas, «todos murmuraban diciendo: “Ha entrado a hospedarse a casa de un pecador”». ¡Qué importante es este lenguaje de gestos hoy! Como Zaqueo están hoy muchos de nuestros contemporáneos. Él era rico, pero estaba solo. Hoy abundan las cosas, pero un profundo sentimiento de orfandad llena nuestro mundo. Quizá quienes más lo están padeciendo son los niños y los jóvenes. En muchos casos, están rodeados de tecnología punta, pero se encuentran más solos y huérfanos que nunca.

Creemos espacios atractivos donde se viva con sentido. Creemos hogares, hagamos familia donde no nos unan vínculos utilitaristas o funcionales, sino un afecto permanente. Hagamos hogares de comunión, donde aprendemos a vivir pacientes, perdonándonos, volviendo a empezar de nuevo, con lazos cada día más fuertes de confianza y donde, cada día que pasa, percibamos la caricia de Dios que nos hace cambiar de vida: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más».

Para seguir pensando:

1. ¿Hago posible el diseño que Jesús hizo de su Iglesia, es decir, una Iglesia de puertas abiertas, que se manifiesta y se ofrece a todos los hombres?

2. ¿Vivo en la dinámica del éxodo y del don, es decir, de estar siempre en salida?

3. ¿Me atrevo a salir de mí mismo, a estar siempre caminando y sembrando lo que se me ha regalado como gracia?

4. ¿Cómo vivir en la parroquia una espiritualidad misionera, de oferta y de anuncio? ¿Cómo crear espacios para que pueda estar presente el Señor?

5. ¿Qué me dicen estas palabras: involucrarse, acompañar, fructificar y festejar? ¿Cómo las hago viables en la comunidad en la que vivo la fe?

6. ¿Dejo a alguien en la cuneta?

7. ¿Soy capaz de crear espacios atractivos donde se viva con sentido, en la comunión, en el perdón mutuo?

8. Hago alguna propuesta.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Jesús sigue diciendo en Madrid: «Hoy ha sido la salvación de esta casa»


Quiero terminar mi carta pastoral con las mismas palabras con que finaliza el relato de Zaqueo. En nuestra Iglesia diocesana de Madrid tenemos la misión de buscar y salvar, de encontrarnos y de dar curación. Todos deseamos que la belleza del Evangelio que anuncia la Iglesia se pueda percibir mejor y acoger por todos los hombres y mujeres. Estamos en una época nueva, deseamos como Iglesia que peregrina en Madrid despertar adhesiones a Jesucristo, el Camino, la Verdad y la Vida. Queremos hacerlo desde la cercanía, el amor y el testimonio.

Todos podemos hacer algo, nadie sobra. No importan la edad ni las limitaciones. No tenemos miedo. Queremos mantener las puertas abiertas a todos. Quizá algunos marcharon; a esos los invitamos cordialmente a que vuelvan, no van a tener dificultades en entrar. A veces pudo ser nuestra torpeza la que no supo mantenerlos a nuestro lado. Lo hemos querido poner de manifiesto durante esta pandemia: los templos debían estar abiertos por si alguien deseaba hacer una visita al Señor, sus puertas han estado abiertas a los sacramentos, a la escucha, a la acogida, y a atender cuantas necesidades se presentaban. *La caridad no cierra* fue nuestro lema. Nuestras estructuras deben servir a la evangelización y a expresar que Jesucristo vive entre nosotros. Deben estar al servicio de todos con sencillez y simplicidad evangélicas. Deseamos vivamente ofrecer a todos la vida de Jesucristo. Por eso, queremos hacer como Jesús, que «entró en Jericó e iba atravesando la ciudad». Nuestro más sincero y ferviente deseo es hacer vida aquellas palabras de Jesús a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer»³⁰.

³⁰ Mc 6, 37.

Los desafíos son muchos, el curso se presenta complicado. Hay muchos ídolos que intentan captar nuestra atención, son *díoses* sin vida que provocan la muerte. Pero frente a todos los virus, morales y físicos, nos sostiene la serena confianza de que «el Señor ha vencido al mundo».

Con gran afecto os bendice,

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and followed by the name 'Carlos Card. Osoro Sierra' and 'Arzobispo de Madrid'.

+ Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

En la fiesta de Santa María Virgen Reina,
22 de agosto de 2020



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra